



Plaza de la Libertad

BLANCA DOMÉNECH CASARES

La mañana del 6 del junio, Irene se despertó sobresaltada. Abrió los ojos de un golpe y enseguida, con movimientos rápidos, su brazo se precipitó sobre el despertador, un pequeño aparato rojo. Lo miró rauda y por un momento suspiró tranquila. Todavía quedaban diez minutos para que sonara y sin embargo en su estómago latía el vértigo propiciado por los nervios. Trató, pues, de relajarse. Se agarró fuerte a la almohada, notó la caricia de las sábanas y aspiró el olor de su casa, esa sensación tan agradable y hogareña. Pero le fue imposible quitarse de la cabeza la idea de su inminente viaje. Sabía que ese 6 de junio era un día decisivo. Uno de esos días que finalmente se alzan entre los momentos claves de una vida todavía por descubrir, de un camino que no hacía más que empezar. Tuvo miedo al vacío y sintió una infinita tristeza de dejar su casa, el lugar donde había transcurrido toda su vida, su infancia, su adolescencia y los primeros avisos de una madurez que se le antojaba compleja, pues era difícil y extraño para ella comenzar a percibir el entorno, las personas y las situaciones desde el punto de vista de la independencia.

Un sinfín de nuevas perspectivas se alzaban al pie de la cama, sólo un salto y todos sus actos estarían destinados a los rápidos preparativos de su viaje a Menorca. Tenía la extraña intuición de que por mucho que hubiera decidido limitar su estancia en la isla unos meses con la intención de serenar sus ideas y relajar la mente, algo mayor la esperaba. Quizá ese giro que todos experimentamos y que podemos calificar de destino o casualidad; ese pequeño e improvisado cambio en el rumbo de una vida que hace que nuestro camino avance en una dirección determinada. Todas estas ideas pasaban por la imaginación de Irene cuando volvió a fijar la mirada en el despertador y pudo comprobar que ya habían pasado quince minutos. Tragó saliva y, con movimientos lentos y temerosos, se levantó de la cama.



Y ya poco más podemos contar de lo que le aconteció a Irene las siguientes tres o cuatro horas, pues se perdió en un trajín de acciones mecánicas, preparaciones veloces y despedidas tan tristes que se le ahogaban en la boca de la garganta con una especie de llanto contenido. No pudo ser consciente de lo que ocurría porque si lo hubiera sido, seguramente habría intentado echarse atrás, buscar un pretexto para retroceder todos sus planes. La tristeza y la separación paralizan los actos audaces. Esto era algo que ella conocía bien. De forma que todo transcurrió alocadamente, entre pequeños silencios y largos movimientos hacia delante.

Una vez estuvo sentada en el avión, la mirada en la ventanilla, los brazos bien sujetos al asiento y el valor todo reunido en el estómago, se dijo: “ya está, la suerte está echada”. Repentinamente y contra todo pronóstico su rostro esbozó una sonrisa. “Ya está”, repitió con vértigo, y el avión inició el despegue.

Pasó todo el viaje asomada a la ventana, con la mirada perdida en el cielo y las nubes. Por un buen rato se divirtió imaginando formas en ellas. Una nubecilla alargada y fina la convertía en un pincel o un lápiz; otra más gruesa pasaba a ser algodón de

azúcar, bolsas de hilo e incluso un ovillo de lana; llegó a ver la cara de un anciano flacucho, de nariz alargada y ojos saltones. Hasta que de pronto comenzó a divisarse el mar, esa gran inmensidad de agua, y algunas poblaciones muy pequeñas, tan pequeñas que por un minuto pudo saborear la grandiosidad del mundo, tomar conciencia de lo colosal de las cosas. Se decía: “qué cantidad de gente debe de estar paseando ahora por esas calles”. Cayó en la cuenta de que cada una de esas personas desconocidas tenían su propia historia, una vida llena de acontecimientos buenos y malos, felices y desdichados. Y pensó por unos segundos en la relatividad del mundo, de forma que sus miedos caían con cada uno de estos pensamientos fugaces, pues se daba cuenta con ellos de que en realidad la vida estaba hecha de algo absolutamente indescifrable e incomprensible para ella. Pero lo que todavía no podía concebir Irene es que estos ligeros ensueños y filosofías acerca de las pequeñas cosas serían la clave decisiva de lo que le esperaba en Ciutadella; quizá un aprendizaje más profundo y al mismo tiempo sencillo, ese que nos enseña a sonreír con una imagen bonita, un gesto improvisado y, por qué no, simplemente con un silencio.

Después llegó el aterrizaje, la espera circular de las maletas y una vez estuvo cargada de ellas, se introdujo en el autobús que la llevaría a Ciutadella, su nueva casa. En el trayecto se sentía deslumbrada por una luz que se le antojaba desconocida; la luminosidad de la isla de Menorca era lo primero que podía percibir y lo que más llamaba su atención, incluso le dolían los ojos. Y es que los últimos meses en la vida de Irene habían estado dominados por una especie de oscuridad, rodeada de multitudes, coches, contaminación y sobre todo por ella misma, que había deambulado por las calles de Madrid perdida en la opacidad de sus miedos. Pero ahora, repentinamente, veía claramente los colores verdes del campo, el azul intenso del mar, el blanco de las casas. Cerró los ojos y se dejó caer en el asiento, rendida, exhausta. El autobús llegó quince minutos después a Ciutadella, los viajeros, turistas ansiosos de playa, bajaban en grupos y provocaban un extraño zumbido en los oídos de Irene, risotadas enormes y exclamaciones en todos los idiomas. Pero ella ya sólo tenía la mirada fija en Ciutadella y en esas primeras impresiones que tenemos nada más conocer una ciudad. Se le aparecía como un conjunto de casas blancas y marfil, con aires antiguos.

La pequeña población de Ciutadella es una de las más bonitas de la isla de Menorca. Apenas llegado a ella, el turista percibe una sinuosa sensación de calma, un latido interno de perdón y muchas otras emociones, todas ellas relacionadas con la paz del espíritu. Pero no es fácil describir con firmeza lo que realmente puede llegar a producir el encuentro con esta tierra colocada en medio del mar, olvidada en los meses de invierno, cuando los turistas se encuentran sumidos en sus trabajos de las grandes ciudades y uno no recuerda ni

siquiera de la existencia de la isla a no ser como un sueño imposible o un regalo lejano. Porque si algo caracteriza a Ciutadella es precisamente eso, su olvido. O, por decirlo de otra manera, su apogeo en los meses de verano y su silencio opaco cuando ya todos los viajeros recogen sus maletas y se introducen en los barcos y aviones que han de transportarles de nuevo a la realidad. Por eso, Ciutadella tiene cierto aire de ensueño. Su preciosidad reside en ese cobijo de descanso, por sus calas de agua cristalina y pura, por su luz y claridad, por sus calles peatonales con suelos de piedra, sus casas blancas, sus edificios de aires medievales y todos esos recovecos que pueden llegar a despertar el interés del turista más adormilado.

En cuanto a Irene, dejó las maletas en su nueva casa, bajó a un hotel cercano y pidió algo de comida para llevar. Se sentó en una roca desde la que se veía el mar y comió despacio, mirando el agua, los peces y los barcos en la lejanía. Después comenzó a andar, dispuesta a inspeccionar la ciudad. Era la una de la mañana y el sol brillaba con tanta intensidad que se reflejaba en el agua y producía destellos. Llegó al puerto, todo lleno de pequeños barcos y restaurantes acogedores. Caminó despacio por el embarcadero y observó detenidamente el trajín de los marineros, la limpieza de los barcos, la carga y descarga de mercancías. Justo cuando finalizaba el puerto llegó a una pequeña callecita en cuesta, rodeada a ambos lados de tiendas con souvenirs de la isla, camisetas, pulseras y las famosas abarcas, las sandalias típicas de Baleares. Subió por ella y casi sin darse cuenta comenzó a adentrarse en pequeñas calles peatonales, de suelos de piedra y casas señoriales del siglo XV. Acababa de descubrir el casco antiguo, la Catedral, la Biblioteca Municipal, el Teatro. Sus pasos se dejaban llevar por la curiosidad, sin ningún destino premeditado. Quería descubrir la ciudad sin planos, sin datos, simplemente dejando que se le apareciera por ella misma.

De este modo deambuló un buen rato, aspirando las primeras impresiones que le producía, hasta que se introdujo en una calle estrecha que desembocaba en una placita. Había llegado al Mercado Municipal de Ciutadella, un rincón emblemático. Se paró en seco y observó detenidamente el espacio: una pequeña plaza de tintes antiguos, de colores verde, blanco y anaranjado, con columnas y farolas; en el centro de ésta se alzaba un edificio cuadrado, rodeado de cristalerías desde las que se podía ver claramente la venta de pescado. Irene miró a través de los cristales, sin atreverse a entrar. Las dependientas eran mujeres vestidas con batas blancas, atareadas en su faena. Servían a sus clientes con vocación servicial y tocaban los pescados y mariscos con sutileza. El movimiento interior, las conversaciones cercanas entre los clientes y las dependientas produjeron en Irene una sensación nueva.

De pronto sintió que había llegado a un rincón del mundo apetecible. Tras los cristales, recordó repentinamente el tráfico, las tensiones, los centros comerciales y casi sin darse cuenta volvió a mirar por la ventana. El techo formaba una pirámide, algo así como un rectángulo y el espacio interior era todo blanco. Después volvió a mirar el ambiente general, el trajín de entrada y salida, los recovecos y los soportales. Las carnicerías aparecían ante sus ojos, todas colocadas en hilera, una tras otra. Serían aproximadamente diez puestos. De ellas colgaban salchichones y embutidos de la tierra. Por encima de ellas y como soportando el peso de toda la plaza se alzaba un antiguo seminario, cuyo edificio tenía un color amarillento que evidenciaba la claridad y la luz de la zona. A Irene le pareció de lo más curioso este mercado. Era evidente que sabía conservar su tradición, sus gentes tranquilas, sus productos propios. Los carniceros preparaban pedidos, acicalaban sus productos. Y así le pareció este mercado un lugar con mucha personalidad. La colocación de los comercios: el edificio de pescado en el centro de la plaza y luego todas esas carnicerías al aire libre, sólo protegidas por la imagen casi espectral del seminario y por un pequeño toldo de piedra. Daba la sensación de que la pescadería cuadrada y las carnicerías en fila se oponían los unos a los otros o quizá se complementaban, pensó. Fuera como





fuera, la organización espacial de este mercado era peculiar. Le pareció que seguía un orden distinto, diferente. No es extraño pensar que lo que pueda decirnos un mercado de una ciudad determinada no es sino algo que ella misma encierra en sí misma, su propia esencia por así decirlo. Y éste tenía personalidad.

Embaucada por la imagen de las gentes y los puestos, Irene se sentó en la terraza de una pequeña cafetería y pidió un café con leche. Sentada en una silla verde pudo observar el ir y venir de los transeúntes; la llegada de los transportistas cargando piezas enormes de carne y fuentes de pescado. Apenas podía entender lo que se decían entre ellos, pues hablaban un menorquín cerrado. Pero a través de sus gestos era posible interpretar la esencia de esas gentes. Por un buen rato, Irene imaginó conversaciones humildes inspiradas por la sencillez de sus expresiones y la calma con que transcurrían los acontecimientos: una mujer se acercaba a una de las tiendas de carne, saludaba al carnicero con familiaridad, intercambiaban pareceres; un grupo de señores mayores se

reunía en un banco de la plaza, “deben hacerlo todos los días desde hace años”, piensa Irene; la frutera pesaba unos tomates; un niño jugaba con una pelota mientras su madre compraba pescado...

Finalmente, Irene se levanta y paga en la barra. Le pregunta al dueño acerca de ese mercado. No sabe por qué, pero hay algo en él que despierta su curiosidad. Con simpatía, el hombre le dice que antiguamente la placita pertenecía al seminario y que después de la guerra civil se pudo habilitar como mercado. Irene mira hacia arriba, el cielo es azul y limpio. Se acerca a una de las carnicerías. El carnicero sabe al instante que Irene es de fuera, “por aquí no suelen llegar los turistas”, dice. “Está demasiado escondido para ellos y además carece de interés”. Eso es cierto, desde que Irene ha llegado al mercado apenas ha podido ver a un par de ellos. Ingleses, acaso, que miran las tiendas de soslayo. El carnicero le cuenta su parecer, “aquí cada vez hay menos trabajo”. Ya se sabe, el auge de los centros comerciales ha ido minando poco a poco las ganancias de los pequeños comercios y más aún de los mercados públicos. Sin embargo, el carnicero dice: “mira, yo he nacido aquí, como quien dice, y aquí moriré, en la carnicería”.

Y no es de extrañar, este mercado, al que se accede a través de pequeñas callecitas y recovecos, guarda algo familiar y entrañable. Una presencia autóctona y verdadera, pues la verdad reside en lo más sencillo.

Irene sonríe, compra algo de carne, huevos, un poco de queso y cuixot, recomendación que le hace el carnicero como preámbulo para probar los productos de la tierra.

Deja la carnicería y echa otra mirada al conjunto del mercado. Observa una placa en la que se puede leer: “Plaza de la Libertad”. “Plaza de la Libertad” dice para sí misma. Esboza una sonrisa y se introduce con paso ligero en una de las callecitas dispuesta a volver a su nueva casa. “Mañana vendré a comprar pescado”. Y casi cuando está saliendo se vuelve: el trajín de un día de diario en el mercado de Ciutadella. No sé si será un tópico, pero lo cierto es que no hay nada como un mercado para apreciar las cosas más pequeñas y para ser capaz de estimar lo que parece insignificante a primera vista. Y volvió a pensar Irene en ese nombre, Plaza de la Libertad. Sí, la libertad. No me refiero a esa libertad de movimiento sino a algo más sutil, más efímero si cabe. Esa libertad de espíritu que nos permite acceder por unos instantes a lo esencial de todas las épocas y todos los seres humanos.

BLANCA DOMÉNECH CASARES